

## Al Ilustrísimo Señor Obispo de esta Diócesis

Explicábamos en nuestro último número lo que D. Pío Navarro Moreno manifestó ante la Junta provincial de Beneficencia con palabras claras y precisas. Tócanos hablar hoy de lo que dijo, sin decir.

Claro es que si nosotros no contáramos con más elementos para asegurar lo que en tal forma expuso D. Pío Navarro, que los que este proporcionó en aquella sesión, no nos atreveríamos a dar esas seguridades, porque de la frase velada que se lanza a la interpretación, de la palabra que artificiosemente se emplea, el entendimiento se apodera de ellas y las asimila, pero para estos casos la prudencia aconseja no fundar en las mismas aseveraciones que pueden ser combatidas con el *no es eso lo que he querido decir*. Para esto precisamente es para lo que se usa el *arte*.

Pero, no, no corremos aquí el peligro señalado en lo que vamos a expresar, porque el mismo D. Pío Navarro nos ha proporcionado una fuente de interpretación de las que llevan al convencimiento. Así lo veremos.

Daba a entender D. Pío Navarro Moreno ante la Junta provincial de Beneficencia, que la administración del Colegio de San José era un desbarajuste; que las cargas del Patronato no se levantaban; que sus fondos se dilapidaban; que sus Patronos se estaban poco menos que enriqueciendo a costa de los pobres niños que debían recibir alimento y educación en el establecimiento. Todo esto se dijo, sin decirlo.

Pero para que no cupiera la menor duda de lo que sin decir se decía, D. Pío Navarro Moreno, conversando con respetables personas de algún otro asunto que le tenía muy interesado e intrigado, y quizás por que no marchara éste todo lo satisfactoriamente que se propusiera, lo que tal vez también le tendría en un estado de exacerbada nerviosidad, facilitó la clave de lo que ante aquella Junta se dijo o había de decirse, que en esto no estamos seguros en este momento, en la forma velada de que se hace mérito.

Esa fuente de interpretación, la clave, constituyóla la afirmación rotunda, escueta, categórica de D. Pío Navarro Moreno de que *harta vomitar a D. Francisco Fernández López todo lo que se había tragado del Colegio de San José*. Son sus mismas palabras.

Decíamos en uno de nuestros artículos anteriores sobre la materia que nos ocupa, que hay muchos que para lanzar una acusación se parapetan en la impunidad que les ofrece el respeto que a toda persona sería merecer una conversación privada, para no prestarse a dar testimonio de ella ante los lugares que esas imputaciones tienen adecuada tramitación. Y eso es preci-

samente lo que en esta ocasión facilitó la locuacidad de D. Pío Navarro Moreno, quien seguro de que los que le escuchaban eran personas de aquellas condiciones, no vaciló en lanzar tan impremeditada acusación. Su seguridad era fundada, pero no hasta el punto de que no había de trascender su *dicho*, que ya era más difícil reservar sin merma de la referida seriedad.

Así es, que si nuestros amigos se vieron constreñidos a no plantear la cuestión, que imperiosamente surgía, en la forma debida, respetando al obrar así el parecer de los que habían de prestar su testimonio, no están privados, sin embargo, por ningún motivo, de dar a la publicidad la acusación de que se les hizo objeto, puesto que con ella ha de quedar mejor demostrado lo que nos hemos propuesto.

Había de ser absoluto el convencimiento que D. Pío Navarro Moreno tuviera sobre la verdad de los hechos en los que recaía su severo juicio; había de tener a su alcance poderosos medios de justificación de los mismos, y nos parece a nosotros que a un sacerdote, más, a un señor Cura párroco, en el que todo debe ser caridad, amor al prójimo, perdón, no le estaba permitido denostar a una persona tan acremente, y mucho menos en unos momentos en que tal vez pudiera atribuirse a impulsos de ira, de arrebatadora cólera, el acto que realizaba. En unos momentos en que alguien pudiera haber interpretado, que una venganza, que una insaciable sed de venganza, o que un odio engendrado al calor de torpes pasioncillas, le conducían por el inseguro camino que emprendió.

El sacerdote no es un ser extraordinario que no está sujeto como los demás hombres a todas las debilidades humanas; pero a nuestro juicio son en él mayores los deberes que a todos nos alcanzan, o por lo menos, esas flaquezas resaltan más en quienes tan elevada misión están llamados a realizar. Por eso fué grande el asombro que sus actitudes produjo, y por eso a nosotros nos llena de pena, no de indignación, el tener que comentar sus palabras.

Pues bien; si a todo eso se añade que D. Pío Navarro Moreno hacía una imputación falsa, incubada sin duda, en un periodo de alta fiebre porque transitoriamente pasó su imaginación; si se considera que sin razón, sin sospechas siquiera, sin indicios, porque a cubierto de todo eso está, sí, está, la conducta que pretendía ajar, avalada con próximos textos del mismo D. Pío Navarro Moreno, nadie podrá dudar que la de este señor es irregular, impropia de su sagrado ministerio y altamente desconsoladora.

Ante ella, que tanto fundamento ha de dar a las conclusiones a que ya nos vamos acercando, y que no menos ha de justificar la intervención de EL DISTRITO en cuestiones que tienen inevitables derivaciones en lo que es de público interés, no creemos osado formular

una súplica a su Ilustrísima, que compondríamos en estas breves palabras.

¿No sería de justicia que S. I., con su autoridad, obligara a D. Pío Navarro Moreno a formular ante los Tribunales de justicia su acusación?

Porque una de dos; o los hechos de que nos ocupamos los tiene como ciertos dicho señor, o no.

Si lo primero, D. Pío Navarro Moreno encubre un delito cometido en daño de una institución, que por ser de utilidad general a todos interesa y

obliga su defensa; si lo segundo, S. I. nos parece a nosotros que no ha de querer consentir que así se juegue por un sacerdote con la honra y la dignidad ajenas.

Nosotros tenemos la seguridad de que D. Pío Navarro instará el oportuno procedimiento, aportando en él las pruebas que a su alcance no hay duda que debe tener. Si así no lo hiciera ¡ah! entonces la conducta de todos quedaría bien definida.

(Se continuará)

## LA TEMPESTAD

(APOLOGO)

—¡Bendita la tormenta  
que así llena de perlas mi corola;  
ya del rayo en unión, ya vengas sola,  
siempre serás la predilecta mía!—  
dijo una flor sedienta  
a la borrasca que veloz corría,  
lanzando por doquier su hinchado seno  
un agua torrencial de trueno a trueno.

—¡Cuán grato es su ruido!—  
clamó a su vez la espiga agradecida—  
¡me abrasaba de sed y me ha traído  
el fresco néctar que me dá la vida!

—¡Callad, villanas,—con doliente queja  
zumbó una pobre abeja.—

Esa nube, que tanto os lisonjea,  
ha roto mi panal: ¡maldita sea!

Una hormiga, que oyólas desolada,  
pugnando por salvar sus provisiones,  
se desata también en maldiciones  
gritando despechada:

—Importuno aguacero  
que ha llenado de lodo mi granero.

La nube entonces refrenó su brío,  
detúvose un momento  
y así rugió con estruendoso acento:

—Pues señor, vaya un lito;  
la flor me llama amiga,  
mi influjo bienhechor pide la espiga;  
y en tanto que una y otra me bendicen,  
me increpan duramente y me maldicen  
la ingrata abeja y la insolente hormiga:  
¡las dos que, merced a mí, este verano  
gozarán de rica miel y rubio grano!

Que nunca lloverá a gusto de todos  
lo juzgo cierto; mas, de todos modos,  
¡por qué costumbre impía,  
por qué insensata y pertinaz demencia  
se quejan los humanos a porfía,  
y, a falta de razones,  
murmuran de la sabia Providencia  
los más favorecidos con sus dones?

F. PALANQUES.

## Páginas locales

Los pueblos, mejor dicho, la muchedumbre de los pueblos, en sus manifestaciones callejeras, expresan con exponente sus sentimientos y por ende su grado de cultura. En esta bellísima agrupación de modestos edificios, cercada por una doble cadena de verdura y de montañas y coronada por la sin par gallardía de nuestro hermoso templo parroquial, las gentes manifiestan, con singular descaro, sus sentimientos,

que, con gran pena por parte mía, debo de calificar con dureza, apesar de que aquí se dice, generalmente, que éste es un pueblo hospitalario, generoso e hidalgo, y todo aquel que profundice un poco en la llaga que padece, hallará, purulencias asquerosas, que destruyen los sanos gérmenes que nacen, con tendencia a vigorizar el organismo enfermo de nuestras costumbres.

Aquí vemos, y no lo vemos en contados días de cada un año, a diario, en todas las plazuelas y calles, mofarse, burlarse, recrearse, del infeliz harapien-